LA PIEDRA AZUL

Humorada cómicolírica en un acto, dividido en dos cuadros, inspirada en un cuento inglés, con música del maestro

RAFAEL CALLEJA

Estrenada en el teatro Cómico, de Madrid, el 15 de diciembre de 1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PETRA	Srta. Prado.
SEÑORA HILARIA	Sra. Castellanos.
SIBILA	— Martín.
ULEYA	— Medero.
ODALISCA 1.ª	Srta. Guerra.
IDEM 2.ª	— Sánchez-Imaz.
IDEM 3.ª	— Carreras (P.)
IDEM 4.ª	— Anchorena.
IDEM 5.ª	— Román.
IDEM 6.ª	— Melchor.
IDEM 7.ª	— Carreras (M.)
IDEM 8.ª	— Borda.
QUINTÍN	Sr. Chicote.
ALÍ-FHAFE	— Soler.
SEÑOR CAYETANO	— Castro.
ABUL-CHAFLÁN	— Aguirre.
BEN-AQUIL	— Peinador.
GRAN SACERDOTE	— Delgado.
AMET-YUSUF	— Morales.
UN ESCLAVO	— Ortiz.
OTRO IDEM	— Guerra.

Esclavas, Danzarinas, Heraldos, Dignatarios de la Corte, Soldados y Esclavos.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón, aparece el regio salón de un palacio oriental. A la izquierda, en primer término y bajo un rico dosel, se ve un estrado, al que se asciende por dos escalones, y en el que se encuentra el trono. En segundo término, una puerta grande. A la derecha, en primer término, ajimeces con vidrieras de colores, entreabiertas, por las que penetra la luz de la luna. En segundo término, una puerta pequeña. Al foro, una terraza con balaustrada de piedra. Se verá desde ella el cielo diáfano, en el que brillan innumerables astros.

ESCENA PRIMERA

Las ODALISCAS están en el estrado, sentadas sobre pieles y reclinadas en almohadones. Las alumbra la luz roja de una lámpara oriental que pende del dosel. Una vieja SIBILA, egipcia, examina atentamente las rayas de la mano de ULEYA. Las otras miran atentas. Dos o tres ESCLAVAS, formando un grupo, junto a los ajimeces de la derecha, tañen una mandolina, terminando una dulce canción. Están reclinadas en divanes orientales. Otro pequeño grupo de ODALISCAS pasea, fumando, por la terraza. En ella un ASTRÓLOGO estudia la marcha de los astros con un anteojo de larga vista, sostenido por un trípode. Tiene al lado una mesita con mapas celestes y un compás, que usa de cuando en cuando, para medir distancias sobre el mapa.

En escena no habrá más luz que la de la luna, que entra por los ajimeces, y la luz roja de la lámpara del estrado. En cada una de las puertas de esta estancia dos EUNUCOS vigilan, empuñando sus sables corvos.

Música.

SIBILA.

Escuchad
la voz del porvenir,
si una vez alegra
otra hace sufrir.

ODALISCA.

Escuchad.

ODALISCA 1.ª

Alegrad el ritmo
de vuestras canciones.
Alejad la pena
de la favorita
que perdió el encanto
de las ilusiones.
Por amores gime,
por olvidos llora,
y en sus ojos negros
el deseo brille
que su amor le niega
el Pachá que adora.

SIBILA.

Su señor
se fué y no volverá;
en amores nuevos
prisionero está.

TODAS.

En tristes horas de ansias mortales
busco en el opio dulce consuelo,
suben del humo las espirales
y el pensamiento llevan al cielo.

SIBILA.

Yo digo penas
yo digo amores,
leo en las manos,
leo en las flores.
Digo la suerte
que nos aguarda,
traigo la muerte
si se retarda.

TODAS.

Noche serena,
tus trovadores,
cantan la pena
de mis amores.
Dinos la suerte
que nos aguarda.
Deja a la muerte
si se retarda.

SIBILA.

Escuchad
la voz del porvenir,
si una vez alegra
otra hace sufrir.

TODAS.

Mi señor
se fué y no volverá,
en amores nuevos
prisionero está.

SIBILA.

Escuchad.

TODAS.

Escuchad.

SIBILA.

Y soñad.

TODAS.

Y soñad.

Hablado.

ULEYA.—¿Y es eso, Sibila, lo que se lee en las rayas de mi mano?

SIBILA.—Eso es; que no podía yo engañarte, divina Uleya. Fijaos; *(Miran atentas.)* al pasar la línea del amor por la raya de la vida se interrumpe con brusquedad. ¿No lo observáis?

ODALISCAS 1.ª y 2.ª *(Al mismo tiempo.)* ¡Es cierto!

ULEYA.—¡Veis, veis por lo que yo lloraba! Sí, sí dijiste verdad, Sibila; tu predicción es cierta.

ODALISCA 2.ª—Cuando se sentía más dichosa, porque disfrutaba como favorita del amor del Gran Pachá, nuestro dueño, de pronto ¡todo lo ha perdido! ¡El Pachá ya no la ama!

SIBILA.—¿Qué dices? ¿Pero es cierto?

ODALISCA 3.ª—Es cierto; ya no la ama.

SIBILA.—¿Y quién te ha robado su amor?

ULEYA.—Una extranjera.

SIBILA.—¿Una extranjera?

ODALISCA 4.ª—Sí; una joven cupletista española que el Gran Pachá encontró una noche en un café cantante del barrio europeo.

SIBILA.—¿Y la ha traído al harén?

ODALISCA 5.ª—Aquí la tiene hace ocho días.

ODALISCA 6.ª—La trajo con su madre; una señora madrileña que dice que es gata.

SIBILA.—¿Gata?

ODALISCA 7.ª—Sí. Y debe serlo, porque apenas se la contraría en lo más mínimo, araña.

SIBILA.—¿Y cómo se llama esa cupletista?

ULEYA.—Se llama Petra.

ODALISCA 5.ª—¿Qué querrá decir eso tan raro?

ODALISCA 8.ª—¡Qué sé yo!... ¡Vete a saber!

ODALISCA 6.ª—A la madre la llaman Hilaria.

SIBILA.—¡Hilaria! ¡Eso es más oriental! Y decidme: el Gran Pachá, ¿quiere mucho a esa joven?

ODALISCA 2.ª—Está loco por ella; y sólo espera que transcurran los quince días de purificación...

ODALISCA 8.ª—Para hacerla su favorita, y relegarla al olvido.

SIBILA.—¡Qué desgracia!

ULEYA.—¡Oh, rabio de celos! ¡Yo sin el amor, sin el poder, sin la fortuna!... Silencio. *(Quedan atentas. Música.)*

ODALISCA 1.ª—Viene hacia aquí el Gran Pachá. *(Se escucha más próxima una música lejana. Calla. Se agrupan todas las mujeres.)*

ESCENA II

DICHAS, ALÍ-FHAFE, ABUL-CHAFLÁN, BEN-AQUIL, el GRAN SACERDOTE y AMET-YUSUF. Los siguen ESCLAVOS con bandejas llenas de medicinas y tazas de caldo. Un SERVIDOR viene haciéndole aire con un gran abanico de plumas. Los preceden soldados con alabardas. ALÍ-FHAFE sale apoyado del brazo de ABUL-CHAFLÁN. Viene andando trabajosamente, como un reumático. Trae el cuello envuelto en unas telas blancas a modo de bufanda. Lleva en la mano un bastón muletilla con el que se ayuda para andar. BEN-AQUIL, su médico, viene a su lado tomándole el pulso y tentándole la frente. El GRAN SACERDOTE le sigue. AMET-YUSUF, un tipo bárbaro de general turquelio, le precede, cimitarra en mano, anunciándole al salir. El salón se ilumina espléndidamente.

AMET-YUSUF.—¡Paso al Gran Pachá, nuestro señor! ¡Paso al poderoso Alí-Fhafe. *(Las Odaliscas se inclinan, alargando los brazos. Todos hacen una profunda reverencia.)*

ALÍ-FHAFE.—*(Tosiendo.)* ¡Maldita tos! ¡Perversa tos!

ABUL-CHAFLÁN.—¿Os molesta mucho, señor?

ALÍ-FHAFE.—Sí; aunque no tanto como el dolor de esta pierna. ¡Es horrible!

ABUL-CHAFLÁN.—¿Y el brazo, señor?

ALÍ-FHAFE.—No se me alivia; pero mi verdadero martirio son los riñones. No puedo moverme.

GRAN SACERDOTE.—*(Haciendo una reverencia.)* ¡Señor! Que el dios Uleo derrame el vaso de su gracia inmortal sobre tu frente heroica,

ALÍ-FHAFE.—Sí; que derrame lo que quiera, pero lo que has de pedirle al dios, Gran Sacerdote, es que me quite cuanto antes este lumbago; de lo contrario, cambiaré de religión la semana que viene.

ABUL-CHAFLÁN.—Verdaderamente, señor, los dioses están inclementes con vos.

ALÍ-FHAFE.—Ya lo ves. En dos meses he adorado a Dionís, he venerado a Osiris, he consagrado a Nubis, y no hay un dios que me quite el reuma.

GRAN SACERDOTE.—Señor, confiad en Uleo; siempre ha oído mis preces.

ALÍ-FHAFE.—A ver, esclavo, no me abaniques tan de prisa, que ayer me acatarraste.

ABUL-CHAFLÁN.—¡Lentitud en el aleteo, o te decapitamos, aireador!

ALÍ-FHAFE.—*(A los demás.)* Sentadme en el estrado, pero con mucha precaución. *(Le sientan.)* Y tú, Amet-Yusuf, dile al astrólogo que se acerque, quiero hablarle.

AMET-YUSUF.—Astrólogo.

ASTRÓLOGO.—Mande.

AMET-YUSUF.—El Pachá quiere honrarte con su palabra.

ASTRÓLOGO.—Servidor será el honrao.

ALÍ-FHAFE.—Adelanta, sabio geómetra. *(Se retiran todos; el Astrólogo adelanta.)*

ASTRÓLOGO.—*(Haciendo una reverencia.)* ¡Poderoso Pachá, tantísimo gusto!

ALÍ-FHAFE.—Dime, profundo Astrólogo, ¿sigues haciendo mi horóscopo?

ASTRÓLOGO.—Con todo interés, Pachá.

ALÍ-FHAFE.—¿Y te dicen los astros si mi vida será larga?

ASTRÓLOGO.—Hasta ahora, por lo que llevo investigao de la Vía Láctea, en combinación con la Osa Mayor, todo me dice que Vuestra Alteza va a vivir más años que una cacatúa boliviana.

ALÍ-FHAFE.—*(Muy contento.)* ¿De veras?

ASTRÓLOGO.—Palabra.

ALÍ-FHAFE.—Oh, pues sigue, sigue estudiando en las estrellas. Ahora necesito la vida más que nun-

ca; me he traído al harén una linda doncellita española a la que amo con locura, y quiero disfrutar tranquilo de su amor delicioso.

ASTRÓLOGO.—No es ninguna memez, Pachá.

ALÍ-FHAFE.—¡Con que ya lo sabes!... ¡Quiero vivir!

ASTRÓLOGO.—¡Se hará lo que se pueda, temible Alí-Fhafe! *(Hace una reverencia y se aleja.)* Hasta luego.

ESCENA III

DICHOS. Luego, PETRA, SEÑORA HILARIA, las PETRISAS, doncellas que acompañan a PETRA, tocando flautas, echando hojas de rosa a su paso y llevando a su lado humeantes pebeteros. Detrás, DANZARINAS, ESCLAVAS y SACERDOTES.

ALÍ-FHAFE.—Abul-Chaflán.

ABUL-CHAFLÁN.—¡Flor divina del poder!

ALÍ-FHAFE.—Vete al templo y, aunque no hayan acabado de purificarla, tráeme a la gentil doncella española, a la linda Petrita, que quiero acariciarla un instante.

ABUL-CHAFLÁN.—Volando, señor. ¿Traigo también a su señora madre?

ALÍ-FHAFE.—No; si es posible que la entretengan en el comedor con unas magras de jabalí o unos filetes de búfalo.

ABUL-CHAFLÁN.—Está bien. *(Al ir a marcharse por la puerta izquierda se escucha una música lejana y suave.)* ¡Señor!

ALÍ-FHAFE.—¿Qué pasa?

ABUL-CHAFLÁN.—Las flautas de las Petrisas suenan a lo largo de las galerías. La bella cupletista española, Petra Sánchez, y su distinguida madre se dirigen hacia aquí.

ALÍ-FHAFE.—¡Me alegro, me alegro! Levantadme. *(Lo levantan.)* Venga una taza de caldo... Dadme una copa de vino de la Gandalia. Quiero recibir a mi futura favorita juvenil y reconfortado. *(Le*

dan lo que pide.) ¡Trae la píldora..., ponedme el sello en agua!... ¡A ver el jarabe!

ABUL-CHAFLÁN.—Aquí están, señor; aguardan vuestra venia.

ALÍ-FHAFE.—Pasad, pasad.

Música.

TODAS.

Llega aquí,
graciosa hurí,
ardiente sol,
purísima doncella;
que el amor de tu señor
te hará brillar
lo mismo que una estrella

ALÍ-FHAFE.

Por el sahumerio
purificada,
vendrás al lado
de tu señor.

PETRA.

Como una pipa
de culotada
con tantos humos
y tanto olor.

MAD, HUM y DALSA. *(Al mismo tiempo.)*

El perfume divino
del pebetero
purifica las almas
y hace soñar.
En sus nubes azules
pensar yo quiero,
en amores que nunca
se han de acabar.

TODAS.

Aspira el aroma,
doncella elegida,

su amor y su vida
te ofrece el Pachá.
Cercano está el día,
pues arde en amores,
y un trono de flores
tu cuerpo tendrá.

ALÍ-FHAFE.

Purificada
por este aroma,
serás más pura
que la paloma.

PETRA.

¡Ay, la Paloma!
¡Este en un trío
de mucha broma!

TODOS.

Aspira el aroma,
doncella elegida,
su amor y su vida
te ofrece el Pachá.
Cercano está el día,
pues arde en amores,
y un trono de flores
tu cuerpo tendrá.

GRAN SACERDOTE.

Por Nubis y Osiris.

PETRA.

No quiero camelos.

ABUL-CHAFLÁN.

Uleo te acoja.

PETRA.

Y dale, guasón.

ABUL-CHAFLÁN.

Que Piscis te guarde
y Tauro a tu esposo.

PETRA.

Nos ha hecho la «cusque»
monsiú Flammarión.

CORO.

Entre flores
te guarde el amor,
para encanto
de tu amo y señor.

Hablado.

SEÑORA HILARIA.—*(Haciendo una gran reverencia al pecho.)* Gran Pachá. ¡Salve!

ALÍ-FHAFE.—Amable Hilaria, el Dios te provea.

SEÑORA HILARIA.—*(A Petra.)* Anda, mujer; dile tú algo.

PETRA.—*(A la Señora Hilaria.)* ¡Yo no le digo nada al tío ese!

SEÑORA HILARIA.—*(A Petra.)* Hazle un saludo a la oriental o al menos dile salve como yo.

PETRA.—*(A la Señora Hilaria.)* ¡Salve a ese carcamal! ¿Que yo le diga salve? ¡Un padrenuestro cuando se muera y muchísimas gracias!

SEÑORA HILARIA.—*(A Petra.)* ¡Qué cerril eres, hija! Al menos salúdale.

PETRA.—*(A Alí-Fhafe.)* ¡Buenas y divertidas, anciano!

ALÍ-FHAFE.—*(La coge de las manos.)* ¡Oh, rocío de la mañana! ¡Uleo te guarde!

PETRA.—Hombre, sí que me alegraría que me guardara, porque si siguen zarandeándome de esta forma, yo no lo resisto.

ALÍ-FHAFE.—¿Estás cansada?

PETRA.—¿Cómo cansada? Que me caigo a pedazos.

ALÍ-FHAFE.—¿Pues y eso?

SEÑORA HILARIA.—¡Pero, hombre, por Dios, si desde que nos están purificando es una de cánticos, de arrojarnos flores y de echarnos humo que me se va la cabeza!

PETRA.—Y a mí. Miste, Pachá, el humo es por demás; y como siga esta humareda, a servidora le va a salir hollín, y aquí mi mamá acaba en arenque. ¡Palabra!

ALÍ-FHAFE.—No temas, paloma blanca; dentro de cuatro días cesará todo; y, una vez purificada, serás mía.

PETRA.—¿Sí, verdad? ¡Mia el pachaíto este!

ALÍ-FHAFE.—¡Serás mía! ¡Mía!

PETRA.—¡Y un jamón!

ALÍ-FHAFE.—¿Qué?

SEÑORA HILARIA.—Nada. Es una palabra de nuestra tierra que expresa cariño. Allí, cuando nos dicen algo agradable o dulce, decimos: «Y un jamón.»

ALÍ-FHAFE.—¿De modo que hay que tomar eso en dulce?

SEÑORA HILARIA.—Algunas veces.

ALÍ-FHAFE.—Ya verás, cuando entres en el harén, el regalo que pienso hacerte. ¡Una arqueta de oro llena de diamantes, perlas y zafiros! ¡La fortuna de un Nabab!

SEÑORA HILARIA.—*(A Petra.)* ¡Estás oyendo! ¡Cariñosa, por Dios!

ALÍ-FHAFE.—¡Todo es poco para tu gracia juvenil! ¡Y ahora, amor de mi vida, hazme una caricia con tus deditos de marfil! ¡Anda!

PETRA.—Pero si no sé.

ALÍ-FHAFE.—¡Aquí, en la cara! ¡Anda!

SEÑORA HILARIA.—Anda, hija.

PETRA.—¡Pero, madre! ¿Cómo quiè usté que yo?...

SEÑORA HILARIA.—¡Una cucamona de esas que tú sabes, tonta!

ALÍ-FHAFE.—¡Anda! ¡Anda! Aquí..., aquí.

PETRA.—¡Míalo qué rico! *(Acariciándole las barbas.)* ¡Ay, qué barbitas! ¡Si esto es un estropajo musulmán!

ALÍ-FHAFE.—¿Te gustan?

PETRA.—¡Una delicia!... *(Aparte.)* ¡Pa fregar suelos!

ALÍ-FHAFE.—Oye: no tires, rica.

PETRA.—Si no tiro; es que me se enmarañan, antiguallita mía. ¡Y miste qué boquita tiene, madre! Si se para en la calle de Carretas y bosteza, le echan cartas.

ALÍ-FHAFE.—¿Te gusta?

PETRA.—Pa buzón, ya lo creo.

ALÍ-FHAFE.—¡Gloria de mi vida!

PETRA.—¡Carcamalín mío!

ALÍ-FHAFE.—Y ahora dime, dime.

PETRA.—Mande usté, Altecita.

ALÍ-FHAFE.—¿Cómo se ama en tu tierra?

PETRA.—¿Quiere usté saber las diversas formas de quererse en mi pueblo?

ALÍ-FHAFE.—Sí; a ver, a ver.

PETRA.—Pues mire usté. *(Aparte.)* ¡A ver si se desengaña!

Música.

PETRA.

¡Señores cortesanos,
majestuoso Pachá,
vais a ver lo que es bueno!

SEÑORA HILARIA.

Conque empieza ya.

PETRA.

Las hembras, como yo, de Madrid
llevamos a los hombres siempre así.

ALÍ-FHAFE.

Oyéndote esas cosas
ya me siento mejor.

PETRA.

Vais a ver cómo se hace
en España el amor.

Hablado dentro de la música.

Unas veces es un pollo de esos alicaídos, con imperdible en el frégoli, peinado a lo Cleo, pan-

talón remangao y caída de ojos a lo Monna Lisa, que me sigue andando así..., y me dice...

Cantado.

—¿Dónde va esa monada
con este día?
—Voy a ver si han cerrado
la Vicaría.
—Si es que llega usté tarde,
llame al sereno.
—Que le frían un huevo
que ha estao usté bueno.
—En auto los dos
nos iremos a la Bombi,
y después a tomar un helao
al café Pombi.
—¡Con usté, so pasmao,
no se va a ningún lao!
Váyase, límpiese.
—Bella hurí.
—¡So gilí! ¡Gilí!

Hablado dentro de la música.

PETRA.—Otras veces es un cadete de infantería, con su uniforme gris, de figura arrogante y mirada incendiaria, se ha empeñado en seguirme y hace una hora que le estoy paseando por todo el plano de Madrid. El pobre va con la lengua fuera.

Cantado.

—Si yo llego a ser ministro de la Guerra
la tropa haré formar
cuando sepa que va usté a salir
por la calle un rato a pasear.
De mujeres haré un cuerpo distinguido
y a usté su general.

pa que griten cuando pase en formación:
¡vaya un cuerpo celestial!
—¡Ah, cadete! Yo admiro tu valor;
pero te digo la verdad.
Cadete, no aspires a mi amor
hasta que dejes viudedad.

TODOS.
Cadete,
yo admiro tu valor,
etc., etc.

Hablado dentro de la música.

PETRA.—¡Pues no digo nada cuando es un torero! ¡Conozco uno que asegura ser más que Belmonte! Como que cuando estaba en ama ya daba pases de pecho, y de pitón a pitón, y se acostaba en la cuna. Ese me dice así:

Cantado.

—Oiga.
—¿Qué hay?
—El primer toro que mate
se lo brindo a su mamá,
su mamá, su mamá,
y si usté quiere a papá.
—Oiga.
—¿Qué pasa?
—Me verá usté en los pitones
con muchísimos riñones,
riñones, riñones,
apretando al entrar.
—Oiga.
—¿Qué quiere?
—Ganaré mucha más pasta
que Gallito y que Belmonte.
Belmonte, Belmonte,
es un cero a mi lao.
—Oiga,

—¿Qué ocurre?
—La tendré como una reina,
se lo juro por mi madre
que me tiene usté chalao.
—Torero, torero,
torero no le quiero
porque dan desazones
y muy malas razones
y algunos coscorrones
y muy poco dinero.

TODOS.

Torero, torero,
torero no le quiero,
etc., etc.

Hablado.

ALÍ-FHAFE.—*(Entusiasmado.)* ¡Oh, delirante! ¡Sublime!

PETRA.—¿Le ha gustado, Alí-Fhafe?

ALÍ-FHAFE.—¡Oh, aquello debe ser el Paraíso!

SEÑORA HILARIA.—Ya se lo decía yo a usté. Las españolas que salimos guapas, es tontería, no admitimos parangón.

ABUL CHAFLÁN.—Verdaderamente. ¡Sois bellísimas!

SEÑORA HILARIA.—Gracias, Chaflán. *(Aparte.)* ¡Lástima que este joven haga esquina!

AMET-YUSUF.—*(Que ha venido por la izquierda.)* ¡Esplendoroso señor!

ALÍ-FHAFE.—¿Qué pasa?

AMET-YUSUF.—La hora del masaje. Ben-Aquil te aguarda.

ALÍ-FHAFE.—Es verdad, no me acordaba. ¡Pasa a tu lado el tiempo tan brevemente! Voy a que me amasen.

PETRA.—Ah; pero ¿a usted lo amasan?

ALÍ-FHAFE.—¡Sí; me amasan para que esté fuerte!

PETRA.—¡Anda, qué raro! ¡Pues usté, después

de amasao, resultará una rosca; porque con ese turbante!...

ALÍ-FHAFE.—Aguárdame un momentito, que en seguïda vuelvo. Conducidme. *(Le llevan entre Abul-Chaflán y Amet-Yusuf.)*

PETRA.—Sí; vaya, vaya, y no tenga prisa.

ALÍ-FHAFE.—Adiós, querube.

PETRA.—Que a usté le amasen bien.

ALÍ-FHAFE.—Hasta ahora. *(La tira un beso.)*

PETRA.—Hasta ahora... *(Aparte.)* ¡Sí que nos ha matao el anciano este!

ESCENA IV

PETRA, SEÑORA HILARIA y SEÑOR CAYETANO.

SEÑORA HILARIA.—¡Hija, por Dios!... ¡Me has hecho pasar un rato horrible!

PETRA.—¿Yo?

SEÑORA HILARIA.—Tú. ¡Porque cuidao que has estao despegadota con el pobre hombre!

PETRA.—Qué quie usté, madre; a mí se me resiste hacerle cara a un tío así, la verdá.

SEÑORA HILARIA.—¡Pero qué cacho de tonta eres, hija mía!

SEÑOR CAYETANO.—Bajar el diapasón, que os pueden oír; y como el Gran Pachá averiguase que, aunque le hemos dicho que no nos conocemos, nos conocemos y que estamos conchabaos pa que en cuanto te regale la arqueta de joyas abrir el compás y tomar el rápido de becerro mate con rumbo a España, mañana nuestras tres cabezas estaban haciéndole guiños a la intemperie, vulgo sereno.

SEÑORA HILARIA.—Pues eso es lo que yo le digo a ésta, que no hay que ser tontos; y ya que ha tenío la suerte de que un príncipe como este se enguirlote con ella, pues que le mime y le dé coba hasta que tengamos hecho el paquete, y luego, con mucho sigilo, las de don Villadiego.

PETRA.—Sí; pero es que yo no quiero engañarles a ustés, vaya. Yo no tengo valor pa esto. En cuestiones del querer, lo que me salga a mí del corazón, y na más.

SEÑORA HILARIA.—¿Pero estás oyendo?

SEÑOR CAYETANO.—Naa, que le ha dao por el romantiquismo.

SEÑORA HILARIA.—¡Quia, ni lo pienses! Toa esa farfolla es que tiene la idea de Quintín entre ceja y ceja y no se le borra, ni más ni menos.

PETRA.—Pues sí, señora, la verdá; yo salí de Madrid con Quintín; juntos hemos corrío el mundo ganándonos la vida con nuestro düeto «Los ruiseñores»; juntos íbamos pasando penas y alegrías hasta que usté lo echó de mi lao pa traerme a este maldito palacio. ¡Y no quiero, ea! Yo no engaño a mi Quintín ni por toos los príncipes de la tierra ni por too el oro del mundo. ¡Eso es!

SEÑORA HILARIA.—¿Estás oyendo? ¿Pero no es pa sacarla los ojos?

SEÑOR CAYETANO.—Pero ven aquí, celebro atortolao. Ven aquí y no olvides que yo, Cayetano Suárez, alias El Púa, concertista de bandurria y amigo de tu señora madre, me he metío en el fregao de hacerle creer al Pachá que soy un astrónomo, con el fin de estar cerca de vosotras y ayudaros a sacarle el parné; con que piensa lo que haces.

SEÑORA HILARIA.—Sí, piénsalo, porque yo antes que volverte a ver con Quintín, te hago harina, por éstas. *(Jura.)* No te digo más, y me despido pal comedor, donde he mandao que me sirvan una ración de antílope a la menestrala. ¡Tú verás lo que haces! *(Vase izquierda.)*

ESCENA V

PETRA y SEÑOR CAYETANO; luego, QUINTÍN y un ESCLAVO.

PETRA.—*(Llorando.)* ¡Pero está usté viendo qué desgraciada soy, señor Cayetano!

SEÑOR CAYETANO.—¿Desgraciada?... ¿Cuando nos sonríe el porvenir?

PETRA.—Le sonreirá a usté, porque lo que es a mí me hace guiños.

SEÑOR CAYETANO.—Amos, Petrita, no seas tonta; y ahora que te se presenta la fortuna, aprovéchala.

PETRA.—¡Es inútil too lo que usté me diga. Yo no quiero más fortuna que mi Quintín, y antes que faltarle con esa cacatúa averiada me dejo matar.

SEÑOR CAYETANO.—Bueno, pero si es que, además, Dios sabe dónde estará a estas horas el pobre chico. Pue que desesperao se haya vuelto a España.

PETRA.—Quia, no, señor; no se ha vuelto.

SEÑOR CAYETANO.—¿Que no se ha vuelto?

PETRA.—No se ha vuelto.

SEÑOR CAYETANO.—¿Y tú, cómo lo sabes?

PETRA.—*(Con misterio.)* Señor Cayetano, si usté fuese capaz de guardarme un secreto, yo le revelaría a usté una cosa.

SEÑOR CAYETANO.—¿Qué cosa?

PETRA.—Que Quintín está aquí.

SEÑOR CAYETANO.—¿Qué dices?

PETRA.—Aquí; en el palacio. Toos los días, de que anochece, salta la tapia de ese jardín.

SEÑOR CAYETANO.—¡Arrea! ¡Pero ese loco!...

PETRA.—¿Usté no ha oído cantar por las noches un mirlo en ese ciprés que hay orilla del estanque de la media luna?

SEÑOR CAYETANO.—Sí, tienes razón; anoche le oí. Por cierto que yo decía: ¡Cómo desafina ese mirlo!

PETRA.—Desafina de la emoción. Porque es él. ¡El!... ¡Mi Quintín! Y anoche, envuelta en una piedrecita, me arrojó a mi estancia esta carta, que hace llorar a un tabique. Mírela usté. Tiene un membrete dibujao a lápiz, que son dos alas de paloma, un sobre y una flecha.

SEÑOR CAYETANO.—Es verdá. Eso lo ha copiao de la gorra de un cartero.

PETRA.—Y dice así: «Inmarcesible Petra: Que yo viva en este hemisferio y no te busque es más difícil que un canario toque el acordeón, y perdona el símil. Sé que con ello me juego el pescuezo, único sostén de mi cabeza; pero no puedo remediarlo. Mis besos van a ti como los ríos a la desembocadura..., si no pierden el curso, y cuando menos lo pienses, aunque me cueste el pellejo, tendrás a tu lao a este que lo es, *Quintín Cortao y Pérez.*»

SEÑOR CAYETANO.—¡Dios mío! ¿Pero qué dice? ¿Pero es que piensa ese loco entrar aquí?

PETRA.—Ya lo creo que lo piensa, y entrará.

SEÑOR CAYETANO.—Pues di que había hecho dominó con el gañote, porque te avierto que, según la ley musulmana, al extranjero que penetra en un harén, se le decapita.

PETRA.—¡Ay Dios mío, qué horror! Pero ¿es de veras?

SEÑOR CAYETANO.—Porque aun en el supuesto de que pudiéramos esconderlo, con la tirria que le tiene tu madre, le delataba. ¡Y figúrate qué perdición!

PETRA.—Sí; ¡eso es verdá! Pero está tan ciego por mí, que todo me lo temo. *(Se oye cantar un pájaro.)*

SEÑOR CAYETANO.—¡Chis! ¡Silencio! ¿Oyes? ¡El mirlo!

PETRA.—¡El!... ¡El! ¡Mi Quintín! ¡Es él!

QUINTÍN.—*(Asomándose por la balaustrada.)* ¡Petrita! ¡Petra mía!

PETRA.—¿Tú?

QUINTÍN.—Aquí me tienes.

SEÑOR CAYETANO.—¿Pero y si te han visto?

QUINTÍN.—No me ha visto nadie: estoy seguro.

ESCLAVO.—*(Saltando por el mismo sitio sin ser visto.)* ¡Un extranjero en el harén! ¡Corro a avisar al Pachá! *(Vase puerta derecha.)*

QUINTÍN.—¡Por fin, juntos! *(Abraza a Petra.)*

SEÑOR CAYETANO.—Pero ¿qué has hecho, desgraciao?

QUINTÍN.—No lo sé, señor Cayetano, no lo sé. Hace cinco días que rondo el harén como un loco *(Abrazando a Petra.)*; necesitaba verla, aspirarla, embriagarme con su aliento perfumao, que es el espliego de mi existencia.

PETRA.—*(Entusiasmada.)* ¡Quintín de mi vida!

SEÑOR CAYETANO.—Veo que te has vuelto oriental.

QUINTÍN.—Sí, Petra mía; páseme lo que me pase, yo no puedo consentir que un ente caduco y mahometano te usufructúe. ¡A tus años verte con un Alí-Fhafe! ¡Vale más morirse!

PETRA.—¡Y que lo digas!

QUINTÍN.—Por eso yo, harto de sufrir, esta noche me decidí y trepé.

SEÑOR CAYETANO.—¿Pero no ves, so bruto, que te juegas el pescuezo?

QUINTÍN.—¡Qué me importa! Que me dice usté que mi cabeza roda bajo el hacha del verdugo, ¡qué rode! Sin cabeza, puedo vivir; sin ella, no.

SEÑOR CAYETANO.—Quintín, que te ciega la retórica.

PETRA.—¡Ay vida mía! ¡Qué gusto me da oírte!

QUINTÍN.—No me arrepiento, no. ¿Que me condenan a muerte? No le hace. Me veréis llegar a la orilla del cadalso...

SEÑOR CAYETANO.—No; aquí es tajo.

QUINTÍN.—Pues me veréis llegar a la orilla del tajo sin mojarme las mejillas una sola lágrima.

PETRA.—¿Oye usté esto? ¿Ve usté cómo me quiere?

SEÑOR CAYETANO.—Está hecho un don Guzmán el Bueno.

PETRA.—Y dime, Quintín mío: ¿qué ha sido de tu vida durante este mes?

QUINTÍN.—No quieras saberlo, Petra.

SEÑOR CAYETANO.—¿Habrás pasao fatigas?

QUINTÍN.—Hágase usté cargo. Cuando me echó la señá Hilaria, me entregó los tres duros que me debía. ¡Pa colmo de desgracias, uno era falso! En un país inhospitalario y con diez pesetas por junto, ¡calculen ustedes lo que habré pasao! He pasao hambres, he pasao fríos, he pasao calamidades...; lo he pasao todo, ¡todo!

PETRA.—¿Y el duro?

QUINTÍN.—He dicho que lo he pasao todo; va englobao en las calamidades. ¿Y vosotros?

PETRA.—Pues yo, ya te lo figurarás: desesperada.

QUINTÍN.—*(Al Señor Cayetano.)* Y usté, ¿cómo está aquí?

SEÑOR CAYETANO.—Pues yo, por no abandonar a éstas, salté como tú una noche las tapias del jardín, con la mala suerte de que vine a caer dentro de un estanque y de poco me ahogo. Me sacaron chorreando, me presentaron al Pachá, le dije que era un gitano español, le dije la buena ventura, le caí en gracia, y ya me ves.

QUINTÍN.—¿De modo que empezó usted pasao por agua?

PETRA.—Y ahora, ahí lo tienes: estrellao.

SEÑOR CAYETANO.—¡Soy el astrólogo del Pachá!, y está loco conmigo.

PETRA.—¡Le tienen por un sabio!

QUINTÍN.—¡Pero si usté no ha visto las estrellas más que cuando le han pisao!

SEÑOR CAYETANO.—Pues chico, ahora leo en el firmamento, pero que con comas y todo. En fin, ya hablaremos más despacio, porque ahora lo que conviene es que te marches cuanto antes.

QUINTÍN.—¿Marcharme yo? ¡Nunca!

SEÑOR CAYETANO.—Sí, por Dios, sí; Quintín, vete.

QUINTÍN.—Que no.

SEÑOR CAYETANO.—Mira que te juegas la vida.

QUINTÍN.—Aunque me la juegue. ¡Nadie nos separará! *(Abraza a Petra.)* ¡Nadie la arrancará de mis brazos! ¿Lo oye usté, señor Cayetano? ¡Nadie!

SEÑOR CAYETANO.—Pero ¿y si vienen?

QUINTÍN.—Venga quien venga. ¡A todos los desafío! ¡A todos! *(Suena un cuerno.)*

SEÑOR CAYETANO.—¡Atiza!

QUINTÍN.—*(Asustado y soltando a Petra.)* ¿Qué ha sido eso?

PETRA.—¡Un cuerno!

SEÑOR CAYETANO.—¡El cuerno de alarma! *(Se repite el toque.)*

QUINTÍN.—¡Otra vez! ¿Qué será? *(Muy asustado.)*

SEÑOR CAYETANO.—¿No te alarma ese cuerno?

QUINTÍN.—Hombre, todos los cuernos son alarmantes; pero no comprendo...

PETRA.—*(Desde la puerta derecha.)* ¡Callad! ¿No oís? ¡Anda la gente soliviantada! *(Se oyen crecientes rumores.)* ¡Corren!..., ¡vocean!...

SEÑOR CAYETANO.—¿Qué dicen?

QUINTÍN.—¿Qué gritan? *(Quedan oyendo.)*

VOZ.—*(Lejana.)* Cerrad las puertas.

VOZ.—*(Idem.)* Preparad las armas.

VOZ.—*(Idem.)* Dentro del harén hay un extranjero.

LOS TRES.—¡Jesús!

PETRA.—¡Te han visto!

SEÑOR CAYETANO.—¡Estás perdido!

QUINTÍN.—¡Yo perdido! *(Corriendo.)* ¡Ay mi madre!

VOCES.—¡Muerte, muerte al extranjero!

QUINTÍN.—¡Rediez! ¡Bueno! ¿Aquí no hay un pozo o algo así, pa tirarse de cabeza? *(Corre como un loco.)*

PETRA.—¡Ay Quintín, que te matan!

SEÑOR CAYETANO.—¿Ves lo que yo te decía?

QUINTÍN.—¿Dónde?... ¿Dónde me escondo?

SEÑOR CAYETANO.—Baja por donde has subido.

PETRA.—Sí, es verdad. *(Se acerca a la terraza.)* ¡Pero no, imposible!... ¡Mirad: todo rodeao de soldaos!

SEÑOR CAYETANO.—¡Y con los sables desnudos!

QUINTÍN.—¿Desnudos?... ¡Indecentes!... ¡Tantos

pa uno solo! Pero salvadme pronto, que no me maten.

SEÑOR CAYETANO.—Pero ¿no decías que no te importaba morir?

QUINTÍN.—Hombre, una cosa es hablar con la novia y otra la efusión de sangre.

PETRA.—*(Que volvió a la puetra derecha.)* ¡Callad!

SEÑOR CAYETANO.—¿Qué es?

PETRA.—Que estamos perdidos. ¡Vienen hacia aquí!

QUINTÍN.—¡Dios mío!..., ¿qué hago?

PETRA.—Escóndote detrás de esas cortinas. *(En la derecha.)*

QUINTÍN.—¿Aquí?... Pero...

SEÑOR CAYETANO.—Pronto, que están llegando. *(Se esconde.)*

QUINTÍN.—*(Asomando la cabeza.)* ¿Se me ve algo?

SEÑOR CAYETANO.—Tranquilízate, que del miedo haces temblar hasta el dosel.

PETRA.—Serenidad. Quietos.

ESCENA VI

DICHOS, ALÍ-FHAFE, ABUL-CHAFLÁN, BEN-AQUIL, AMET-YUSUF, el GRAN SACERDOTE, SOLDADOS, EUNUCOS, ODALISCAS y el ESCLAVO delator.

ALÍ-FHAFE.—*(Entrando.)* ¿No habéis visto entrar aquí un perro cristiano?

PETRA.—¿Un perro? ¡Yo, no! *(Al Señor Cayetano.)* Oiga usté, estrellista: ¿usté ha visto entrar algún perro?

SEÑOR CAYETANO.—Yo tampoco.

ALÍ-FHAFE.—¡Ya ves que no está, esclavo!

ESCLAVO.—Pues por aquí saltó. Y de aquí no ha salido, lo juro. Dejé centinelas para que no escapase.

TODOS.—¡Muerte!... ¡Muerte al extranjero!...

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡Me hacen fua-grás!

ESCLAVO.—Busquémosle; aquí ha de estar.

ALÍ-FHAFE.—Al que le encuentre y le cercene la cabeza de un tajo, le regalaré cinco zequíes de oro.

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡Estoy perdido! ¿Qué hago?

ABUL-CHAFLÁN.—¡Alfanjes, gumías y cimitarras, desnúdense!...

QUINTÍN.—*(Asomando la cabeza.)* ¡Pachá!

TODOS.—*(Con asombro.)* ¡El!

QUINTÍN.—Que no se desnuden, que ahora salgo.

TODOS.—¡Muera! *(Intentan acometerle.)*

ALÍ-FHAFE.—¡Quieto todo el mundo! *(Obedecen.)* Dejadme a mí. *(A Quintín.)* Extranjero.

QUINTÍN.—¿Qué?

ALÍ-FHAFE.—Sal inmediatamente. *(No sale.)* Que salgas he dicho. ¿Por qué no sales?

PETRA.—¡Caramba, cualquiera sale, con el recibimiento que le han hecho al pobre hombre!

ALÍ-FHAFE.—Mando que salgas.

QUINTÍN.—Bueno, saldré; pero hágame usté el favor de que se vaya de aquí el chato este de la cimitarra, que me pone nervioso.

ALÍ-FHAFE.—Aparta, Chaflán. Ya puedes salir.

QUINTÍN.—*(Asoma la cabeza.)* Voy. *(A Amet Yusuf.)* Chis, palaciego; envaine, haga el obsequio. *(Amet Yusuf se aparta. Quintín sale.)* ¿Dan ustedes su permiso?

ALÍ-FHAFE.—Sal, extranjero; ¿cómo estabas ahí?

QUINTÍN.—Sofocao, Pachá.

ALÍ-FHAFE.—¿Y por qué has entrado, saltando los muros de este recinto, como un ladrón?

QUINTÍN.—¿Que por qué he entrao? *(Aparte.)* ¿Qué le diría yo que le conmoviese? *(Alto.)* Pues yo he venido aquí, poderoso y simpático Pachá, porque soy un vagabundo que voy cantando mis miserias por el mundo. Pasé por este palacio, me dijeron que aquí vivía un príncipe bondadoso y dije: «Voy a ver si me quie facilitar un socorro pa seguir mi camino, camino de mi patria, patria querida, que llenan de luz sus canciones, mi triste

vida, vida de errante e inquieto andar, que alegro sólo con mi cantar.» *(Aparte.)* Si no ha visto el «Alma de Dios», me he salvao.

ALÍ-FHAFE.—¡Muy bonito!

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡No la ha visto!

ALÍ-FHAFE.—Y tú, ¿de dónde eres, cristiano?

QUINTÍN.—Chamberilero, musulmán.

PETRA.—¡Hombre, qué casualidad! ¡Es compatriota mío!

ALÍ-FHAFE.—¿Sí?

PETRA.—¡A ver! Servidora, de la glorieta de Quevedo; a dos pasos.

ALÍ-FHAFE.—Muy bien. Pues todas las circunstancias te favorecen, y me eres muy simpático.

QUINTÍN.—¡Hombre, muchas gracias! *(Aparte.)* ¡Qué Alí-Fhafe más agradable!

PETRA.—*(Aparte.)* ¡Se ha salvado!

ALÍ-FHAFE.—¡Amet Yusuf!

AMET-YUSUF.—Poderoso señor.

ALÍ-FHAFE.—¿Qué castigo merece este hombre por el delito cometido?

AMET-YUSUF.—Según la ley, debe ser decapitado y quemado después.

QUINTÍN.—¡Recuerno!

ALÍ-FHAFE.—Sin embargo, si hubiera forma de aminorar el rigor de la ley...

QUINTÍN.—Sí, hombre; aminore, aminore, haga el obsequio.

GRAN SACERDOTE.—Piensa, poderoso príncipe, que si dejas la ley incumplida, la furia de los dioses asolará tu reino.

ALÍ-FHAFE.—Es cierto. ¡Qué lástima! *(Mirándole.)* Chaflán.

ABUL-CHAFLÁN.—¡Alteza!

ALÍ-FHAFE.—¿Qué podíamos hacer en su obsequio?

ABUL-CHAFLÁN.—Señor, rebájale la pena a la mitad.

ALÍ-FHAFE.—Tienes razón. Extranjero, según la ley, debías ser decapitado y quemado; pero en vista de que no te acercó a mi palacio ninguna intención mala, te cortarán la cabeza nada más.

QUINTÍN.—¡Mi madre! *(Se cae sobre las gradas del estrado.)*

ALÍ-FHAFE.—¡Que traigan el tajo y el hacha!

AMET-YUSUF.—Acercadlo todo. *(Colocan en medio del salón un tajo y un hacha.)*

ALÍ-FHAFE.—Amet-Yusuf, vas a decapitarle tú aquí mismo.

QUINTÍN.—¡Dios mío! Pero... ¡Ay, qué espanto! ¡Ay, que pierdo la cabeza!...

PETRA.—¡Pachá de mi alma, por Dios! Perdónele.

ALÍ-FHAFE.—Cristiano, tienes cinco minutos para preparar tu último instante; mientras, nosotros vamos al templo a pedir al dios Uleo que nos perdone la muerte de un extranjero. Queden soldados en las puertas y en la terraza para guardarle. *(A Petra.)* Tú, si quieres, asístele como compatriota en sus últimos momentos. Tú, astrólogo, sigue formando mi horóscopo, indiferente a cuanto suceda. *(A todos.)* Vamos al templo. *(Salen todos; quedan soldados de centinela.)*

ESCENA VII

PETRA, QUINTÍN y SEÑOR CAYETANO.

PETRA.—*(Llorando amargamente.)* ¡Ay Quintín de mi vida!

QUINTÍN.—*(Llorando también y cogiéndose la cabeza con las manos.)* ¡Ay Petra de mi alma! ¡Ay, que me privan de esta joya!

SEÑOR CAYETANO.—*(Que se acerca.)* ¡Lo estás viendo, so animal!

PETRA.—Por María Santísima, señor Cayetano; usté, que ha sido de consumos, piense una estratagema. ¡Sálvelo usté!... ¡Que no me lo maten! ¡Ay, que yo no sé qué me pasa! ¡Yo me vuelvo loca!... ¡Yo pierdo la cabeza!...

QUINTÍN.—No; el que la pierde soy yo, ya lo

verás. *(Tocándose la cabeza.)* ¡Dios mío, una pequeñez, y la falta que hace!

SEÑOR CAYETANO.—*(Dando un salto y un grito.)* ¡Ay mi madre!

LOS DOS.—*(Al mismo tiempo. Asustados.)* ¿Qué es?

SEÑOR CAYETANO.—¡Ay, que te salvo!

LOS DOS.—*(Lo mismo. Con asombro.)* ¿Qué?

SEÑOR CAYETANO.—Que creo que te salvo.

PETRA.—¿De veras?

QUINTÍN.—¿Pero cómo?

SEÑOR CAYETANO.—No; tiempo de explicaciones no hay; luego conoceréis mi plan. Por de pronto, toma, ponte esta sortija. Tiene una piedra azul.

PETRA.—¡Calle! ¡Esta es la que se le perdió al Pachá el otro día!

SEÑOR CAYETANO.—Sí, y me la encontré yo, por... por una casualidad; pero tú calla.

QUINTÍN.—Bueno; me la pongo, ¿y qué más?

SEÑOR CAYETANO.—En cuanto yo te haga una seña, procura que te la vean puesta.

QUINTÍN.—¿Y tengo que hacer alguna otra cosa?

SEÑOR CAYETANO.—Sí, y esto es lo peor; pero si no lo haces con valentía, no podré salvarte.

QUINTÍN.—Yo hago lo que usté me mande.

PETRA.—¿Qué tiene que hacer?

SEÑOR CAYETANO.—Pues echarte a reír cada vez que te hablen de la muerte, y en cuanto te lo digan, poner tú mismo la cabeza en el tajo con una serenidad que se le figure que eres primo carnal de Padilla, de Bravo u de Maldonado.

QUINTÍN.—Hombre, caray; mia que poner la cabeza en el tajo... ¿Y si se descuida un segundo y me la siegan?

SEÑOR CAYETANO.—No hay otro remedio.

QUINTÍN.—Bueno; de perdidos, al tajo. Van ustés a ver serenidad. Don Rodrigo Díaz de Vivar, una señorita de compañía a mi lao.

SEÑOR CAYETANO.—Silencio, que vienen. *(Vuelve a mirar por el anteojo.)*

ESCENA VIII

DICHOS, ALÍ-FHAFE y cuantos se fueron antes.

ALÍ-FHAFE.—¡Extranjero!

QUINTÍN.—¿Qué pasa?

ALÍ-FHAFE.—El dios Uleo, piadoso e inmortal, nos perdona tu muerte.

QUINTÍN.—Me alegro tantísimo.

ALÍ-FHAFE.—¿Estás dispuesto a morir?

QUINTÍN.—Hombre, si no les corriera a ustedes mucha prisa, yo les agradecería un pequeño respiro de... dos u tres meses.

ALÍ-FHAFE.—*(Aparte.)* Es cobarde, como todos los reos. *(Alto.)* Veo que buscas evasivas para evitar la muerte.

QUINTÍN.—¿Quién? ¿Yo evasivas *(Riendo.)* pa evitar la muerte? *(Con risa forzada.)* ¡Ja, ja, ja! ¡No me conoce usté a mí falleciendo, Pachá! A ver, que venga el verduguillo ese; que me degüelle cuanto antes. ¿Miedo yo? ¡Ja, ja, ja!

PETRA.—*(Aparte.)* ¡Así!... ¡Así!... ¡Animo!

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡A ver qué hace el señor Cayetano, tú; que me estoy dejando como un pimiento al héroe de Cascorro!

ALÍ-FHAFE.—¿De modo que no tienes miedo a la muerte?

QUINTÍN.—¿A la muerte?... ¿Miedo yo? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Pero, hombre, si me tiro toos los días de un quinto piso por el gusto de agonizar, y nada!

ALÍ-FHAFE.—¡Qué atrocidad!

ABUL-CHAFLÁN.—¡Qué asombro!

AMET-YUSUF.—¡No he visto un caso igual!

ALÍ-FHAFE.—Veamos si llega lo mismo hasta el fin. Yusuf, prepara el tajo y empuña el hacha.

QUINTÍN.—¿El tajo?... ¿Ha dicho el tajo? ¡Quietos! Pido que me se dé el gusto de colocármelo yo mismo. *(Lo coloca en medio.)*

ALÍ-FHAFE.—¡Qué valentía! Pero ¿no sientes el más ligero temor?

QUINTÍN.—¿Yo temor? ¡Ja, ja, ja! *(Aparte, a Petra.)* ¡Oye; a ver qué hace ese tío, que la risa ya no me sale clara!...

PETRA.—*(Aparte, a Quintín.)* ¡No te apures!... ¡Animo!

QUINTÍN.—Atrás todo el mundo. ¿Dónde hay que poner la cabeza, aquí?

ABUL-CHAFLÁN.—Ahí.

QUINTÍN.—Pues aquí tenéis mi cabeza, que me se rebane. *(Pone la cabeza en el tajo.)*

AMET-YUSUF.—*(Levantando el hacha.)* Muere.

QUINTÍN.—*(Levantándose de un salto.)* Oiga, haga el favor, que he dicho que atrás todo el mundo.

ALÍ-FHAFE.—¡Pero si es el ejecutor de la justicia!

QUINTÍN.—¡Ah! ¿El ejecutor? Bueno. *(Aparte.)* ¡Y ese hombre que no mira! *(Alto.)* Pues aguarde, que quiero despedirme de todos. ¡Pachá, militares, elemento civil!... ¡Hasta la eternidad! *(Pone la cabeza en el tajo; todos se arrodillan.)* Rebana, verdugo.

ALÍ-FHAFE.—¡Uleo, acoge su alma!

ABUL-CHAFLÁN.—Cúmplase la sentencia. *(Yusuf levanta el hacha.)*

SEÑOR CAYETANO.—*(Dando un grito muy fuerte.)* ¡Alto! *(Todos se ponen de pie. Quintín se sienta en el tajo.)*

ALÍ-FHAFE.—¿Qué sucede?

ABUL-CHAFLÁN.—Pero...

SEÑOR CAYETANO.—Silencio. *(Avanza con pasos desmesurados.)* ¡Oh prodigio de los cielos! ¡Oh misterio luminoso de los astros!... ¡Todos de rodillas!...

ALÍ-FHAFE.—¿Qué te pasa, astrólogo?

SEÑOR CAYETANO.—Que en este momento acaban de revelarme las estrellas que el fin de la vida de vuestra alteza está muy próximo.

TODOS.—*(Retrocediendo.)* ¡Oh!

ALÍ-FHAFE.—*(Con terror.)* ¿Qué dices? ¿Próxi-

mo el fin de mi vida?... ¡A ver, médicos, medicinas! ¡Salvadme!... ¡No quiero morir!...

ABUL-CHAFLÁN.—¿Y qué causas ponen en peligro la vida del gran Pachá?

SEÑOR CAYETANO.—Su propio destino.

ALÍ-FHAFE.—¿Pero qué dicen los astros?... Habla, ¿por qué voy a morir?

SEÑOR CAYETANO.—Porque vuestra alteza ha nacido en la constelación de Géminis, que es una estrella doble, y, por consecuencia, vuestra alteza tiene también una vida doble.

ALÍ-FHAFE.—¿Una vida doble?... ¿Qué quiere decir eso?

SEÑOR CAYETANO.—Pues quiere decir que hay otro hombre sobre la tierra que, aunque en época distinta, ha nacido en igual fecha que vuestra alteza, en la misma hora casi, en el mismo segundo y bajo la misma constelación, y, por consecuencia, la vida de ese sujeto y la de vuestra alteza son una misma vida.

ALÍ-FHAFE.—*(Con espanto.)* ¿Qué dices?

SEÑOR CAYETANO.—Que los hombres que nacen en tales circunstancias vienen a ser, digámoslo así, la otra mitad de nosotros mismos.

ALÍ-FHAFE.—¡Qué espanto!... ¿De modo que cuando él sufra...?

SEÑOR CAYETANO.—Sufrirá vuestra alteza. Cuando él ría, reirá vuestra alteza.

ALÍ-FHAFE.—¿Y cuando él muera?

SEÑOR CAYETANO.—¡Morirá vuestra alteza!

ALÍ-FHAFE.—¡Qué horror! ¿Y acaso ese hombre...?

SEÑOR CAYETANO.—¡Está en estos momentos en peligro de muerte!

ALÍ-FHAFE.—¿De muerte?... ¿Y por qué?...

SEÑOR CAYETANO.—Porque, siguiendo un impulso instintivo, quiere acercarse a palacio...

ALÍ-FHAFE.—¿De modo que mi otra mitad?

SEÑOR CAYETANO.—Lucha por llegar a vos.

ALÍ-FHAFE.—¿Y cómo podría yo salvarle?... ¿Cómo podría conocerle?

SEÑOR CAYETANO.—Quizá por alguna señal idén-

tica en vuestros cuerpos... Tal vez por algún amuleto que sólo uséis los dos.

QUINTÍN.—*(Habla accionando para enseñar la sortija.)* Bueno, Pachá, diga usté que hagan el obsequio de degollarme, que no me gusta perder tiempo.

ALÍ-FHAFE.—*(Fijándose en la sortija, dando un salto y cogiéndole la mano con avidez.)* ¡Oh dioses clementes!

QUINTÍN.—¿Qué pasa?

ALÍ-FHAFE.—¡Oh, trae!

ABUL-CHAFLÁN.—¿Qué sucede, señor?

TODOS.—¿Qué es?

ALÍ-FHAFE.—*(Temblando de emoción.)* ¡Mirad su mano! ¡Mi sortija!... ¡Lleva mi sortija! ¡La piedra azul! ¡Mi amuleto!

TODOS.—¡Su amuleto!

ALÍ-FHAFE.—*(A Abul-Chaflán.)* Mira, la que perdí hace poco. ¡La lleva él!

ABUL-CHAFLÁN.—¡Es cierto!

ALÍ-FHAFE.—¡Dioses inmortales! *(Al Señor Cayetano.)* ¿Será éste mi otro yo?

SEÑOR CAYETANO.—A ver, apartarse. *(Coge la mano de Quintín.)* ¡La misma sortija!... ¡Las mismas rayas de la mano!, ¡el blanco de los ojos!..., ¡el grueso de las narices!... ¿Qué día naciste, cristiano?

QUINTÍN.—El veintiséis de agosto. ¡Oh, sí, Géminis!... ¡Este es!... ¡No hay duda! ¡Este es la otra mitad de vuestra alteza!

ALÍ-FHAFE.—¿Tú mi otro yo?... *(Le abraza.)* ¡Gracias, próvidos dioses!... *(A todos, con solemnidad.)* ¡Es mi otro yo! ¡Ven a mis brazos!... ¡Encontrarte!... ¡Y eres guapísimo!

QUINTÍN.—Pchs... Tiene usté una metá bastante regular, aunque me esté mal el decirlo. Y, sin embargo, ya ve usté la diferencia: usté nadando en oro y yo muriendo de hambre.

ALÍ-FHAFE.—¡De hambre!

QUINTÍN.—¡Como que el día menos pensao me pego un tiro!

ALÍ-FHAFE.—*(Aterrado.)* ¿Cómo un tiro?... ¿Pe-

ro qué estás diciendo, insensato? ¿No ves que si te pegas un tiro me suicidas a mí también?

SEÑOR CAYETANO.—Naturalmente.

QUINTÍN.—¡Ay, sí, hombre; usté dispense! No me acordaba que ahora to lo tenemos que hacer a medias.

ALÍ-FHAFE.—Como que desde este instante son tuyos la mitad de mis tesoros, de mis castillos, de mis palacios.

QUINTÍN.—*(Muy contento.)* ¿De veras? ¡Qué alegría!

ALÍ-FHAFE.—¡Tendrás esclavos a miles, el oro a montones!

PETRA.—¡Ay, qué bien, qué bien!...

ALÍ-FHAFE.—Y además te voy a regalar las mujeres más hermosas de mi harén.

PETRA.—¡Eso sí que no!... ¡Quia; eso, no! Mujeres, no.

ALÍ-FHAFE.—¿Y por qué?

PETRA.—Porque aquí el joven es español y allí no se estila más que una mujer.

QUINTÍN.—De ello habría mucho que hablar.

ALÍ-FHAFE.—Lo dicho: cuenta con las más bellas.

PETRA.—No las aceptes, Quintín.

QUINTÍN.—¡Caray! Ves que es lo primero con que me obsequia el hombre y quies que se lo desprecie. Groserías no hago.

ALÍ-FHAFE.—Ya arreglaremos eso. Y desde luego quiero conferirte la más alta dignidad del Estado. ¿Qué dignidad prefieres?

QUINTÍN.—Hombre, como yo nunca he tenido dignidad, pues no sé qué decir.

ALÍ-FHAFE.—¿Quieres ser bey de la Turquelia?

QUINTÍN.—¿Bey?... Hombre, la verdad: eso de bey no me gusta mucho.

ALÍ-FHAFE—¿Y gran visir?

QUINTÍN.—¡Gran visir!... Eso me suena mejor.

ALÍ-FHAFE.—Pues aguarda. Voy a dar órdenes para que te traigan el manto de piedras preciosas y el collar que usarás siempre.

QUINTÍN.—¡Yo con collar!... ¡Voy a parecer un fosterriere de lujo!

ALÍ-FHAFE.—Quiero que seas consagrado ahora mismo. *(Se aleja y habla con los dignatarios, algunos de los cuales salen poco después.)*

ESCENA IX

SEÑOR CAYETANO, PETRA y QUINTÍN.

PETRA.—¡Ay Quintín de mi vida!, ¡qué gusto!

SEÑOR CAYETANO.—¿Ves cómo te he salvao?

PETRA.—¡Y te van a hacer príncipe!

QUINTÍN.—¡Ay, cómo voy a ponerme de mayonesa!

PETRA.—¿Y has oído? ¡Te van a poner un traje lleno de piedras preciosas! ¡Tú empedrao!

QUINTÍN.—Toma, y si sigo así, el mes que viene me asfaltan, ya lo verás.

PETRA.—¿Pero qué va a pasar en cuanto te vea mi madre?

SEÑOR CAYETANO.—Es verdá, no me acordaba; ¡con la hincha que te tiene!

QUINTÍN.—Eso va a ser lo malo; pero, en fin, ya veremos de convencerla.

PETRA.—¿Y qué será de nosotros ahora, Quintín?

QUINTÍN.—¡Qué sé yo! ¡Pero no te apures, que siendo el Pachá la mitá mía y estando tú aquí, ya verás lo que disfrutamos, mitad y mitad!

SEÑOR CAYETANO.—Ya vienen a consagrarte; vete al trono.

QUINTÍN.—¡Dios mío! ¡Verme yo con corona!

PETRA.—¡Tú, que toa la vía has ido de coronilla!

SEÑOR CAYETANO.—¡Lo que es el sino!

ESCENA X

DICHOS, ALÍ-FHAFE y su acompañamiento. SACERDOTES, BAYADERAS, ESCLAVOS. Traen en una bandeja y sobre un cojín el collar de gran visir.

Música.

ALÍ-FHAFE.

Sagrados portadores
del gran collar,
rendidle pleitesía
a mi mitad.

ABUL-CHAFLÁN.

¡Silencio augusto,
solemne paz,
la ceremonia
va a comenzar!
En el nombre del gran Alí-Fhafe,
soberano y augusto Pachá,
vuestras frentes hundid en el polvo,
creyentes, orad.

ALÍ-FHAFE.

Con mi mano que Uleo ha elegido
te impongo el collar,
y con él tu poder será inmenso,
porque ya eres mi cara mitad.
De tus labios pendientes estamos,
tus deseos mandatos serán,
y si de obra o palabra te ofenden
con su vida lo habrán de pagar.

QUINTÍN.

Le darás el recado a tu madre,
porque estoy viendo ya el funeral.

ABUL-CHAFLÁN.

Quedas ungido, mancebo valiente.

QUINTÍN.
Muchas gracias, querido Chaflán.

TODOS.
Ser sagrado del dios elegido,
Ser feliz que alcanzó tal honor,
a tus pies hoy, leal y rendido,
todo el pueblo te brinda su amor.

Hablado.

ALÍ-FHAFE.—¿Cómo te llamas?
QUINTÍN.—Quintín Cortao y Pérez, pa servir a usté.
ALÍ-FHAFE.—¿Cómo quieres que te consagren: con el nombre de Alí-Quintín o de Alí-Cortao?
QUINTÍN.—¡Hombre, Alí-Cortao me hace depresivo!...
ALÍ-FHAFE.—Se te consagrará con el nombre de Alí-Quintín. Celebremos tan fausto día. Bailen la danza de las perlas.

Música.

PRÍNCIPE.
Baja al fondo del mar, indio bravo,
baja, esclavo;
busca perlas de pálido oriente.
¿Qué importa tu vida
si mi prometida
va a adornar tu frente?

TODOS.
Baja al fondo del mar, etc., etc.

PRÍNCIPE.
Son las perlas el llanto de un hada
que en el fondo del mar encantada
aguarda tañendo su triste laúd
que un hombre la libre de su esclavitud.

Nadie baja hasta el fondo por verla
y ella ofrece a los hombres un beso.
Muchos bajan buscando una perla,
y no vuelven sin duda por eso.
Hunde en las olas del mar esclavo
tu ardor de besos que calma el hada,
tú, que eres bravo, no temas nada;
mira que un beso vale una vida...;
baja hasta el fondo del mar, esclavo,
que quiere perlas mi prometida.

TODOS.
¡Ah!

Hablado.

ALÍ-FHAFE.—Favoritas del harén, salud a vuestro señor.

Música.

ODALISCA.
Tu esclava desde hoy
te brinda alegría,
pues son ambrosía
los besos que doy.

QUINTÍN.
Venid y acercaros,
que voy a probaros
el punto que soy.

ODALISCA.
¡Ah! Quintín, Quintín,
mis besos para ti han de ser
de ardor de amor
hoguera que sabré encender.
Dulzuras voluptuosas
yo reservo para ti;
caricias más sabrosas
que el soñar con una hurí.
Quintín, Quintín,
no tardes, que te espero ya;

jardín de amor,
si vienes al harén será,
verás, Quintín,
que amor es el placer mayor
y de la vida sueño encantador.

PETRA.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Como sigan haciéndote mimos
y melosas te llamen Quintín,
las levanto las faldas y al punto
las doy cuatro azotes en el tras-puntín.

QUINTÍN.

No te excites por una simpleza,
es que aquí la mujer es muy fina
y no voy a perder la cabeza
por una futesa, por una pamplina.

PETRA.

Pues si siguen, las voy a arrastrar.

QUINTÍN.

Cántate algo pa disimular.

PETRA.

Si queréis ver el salero
que gastamos en Castilla,
cantaré una tonadilla
que aprendí en el Ava-piés.
Todos los que me la escuchan
enloquecen de repente,
y por ella hay mucha gente
encerrada en Leganés.

TODOS.

Escuchemos, pues;
escuchemos, pues;
que por ella hay mucha gente
encerrada en Leganés.

PETRA.

Ese pollo que me mira

dile que vaya con Dios,
y que si aspira a quererme
tome la «Emulsión Scot».
Niño gótico,
pollo raquítico
quítese el chápiro
sin rechistar;
que este cuerpo
superferolítico
junto a un gaznápiro
va a pasar.

TODOS.

Niño gótico,
etcétera, etc.

PETRA.

No entres nunca en apreturas,
si ties cutis y pudor,
porque hay ahora entre los pollos
mucho pollo explorador.
Niño gótico,
pollo raquítico,
quítese el chápiro
sin rechistar,
que este cuerpo
superferolítico
junto a un gaznápiro
va a pasar.

TODOS.

Niño gótico,
etcétera, etc.

Hablado.

AMEL-YUSUF.—¡Viva Alí-Quintín!
TODOS.—¡Viva!

ESCENA XI

DICHOS y la SEÑORA HILARIA, por la izquierda.

SEÑORA HILARIA.—*(Saliendo.)* Pero ¿qué pasa? ¿Qué vivas son ésos?

PETRA.—*(Aparte.)* ¡Mi madre!

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡La señá Hilaria!

SEÑOR CAYETANO.—*(Aparte.)* ¡Nos agria el festejo! *(Estas exclamaciones, casi simultáneas.)*

QUINTÍN.—Pachá, cúbreme.

ALÍ-FHAFE.—¿Qué te sucede?

SEÑORA HILARIA.—Pero ¿qué es esto? ¿A quién se festeja?

ALÍ-FHAFE.—Pues se festeja a un hombre cuya persona es desde ahora tan sagrada como la mía.

SEÑORA HILARIA.—¿Y qué hombre es ése?

ALÍ-FHAFE.—*(Presenta a Quintín.)* ¡Alí-Quintín!

SEÑORA HILARIA.—*(Retrocediendo asustada.)* ¡Quintín! ¡Tú! ¿Pero cómo está aquí ese golfo?

ALÍ-FHAFE.—¿Le conoces?

SEÑORA HILARIA.—¿Que si le conozco a ese granuja?

QUINTÍN.—¡Señora Hilaria, que estoy consagrao!

PETRA.—¡Madre, por Dios!

SEÑORA HILARIA.—Le araño; le saco los ojos. ¡Canalla!...

ALÍ-FHAFE.—¡Pero qué haces, insensata! ¿No ves que si le hieres verterás mi sangre? ¡Su vida es mi vida!

SEÑORA HILARIA.—¡Pero ese pillo!

ALÍ-FHAFE.—Basta. Amordazadla. *(La sujetan.)* Impónla el castigo que quieras.

SEÑORA HILARIA.—¿El a mí?

QUINTÍN.—Yo a usted; sí, señora. *(Aparte.)* ¡Ahora me las paga todas juntas! *(Alto.)* Apoderarse de esa... ¿Está bien sujeta?

ESCLAVO.—Sí, señor.

QUINTÍN.—Apoderarse de esa tinaja...

SEÑORA HILARIA.—¡Yo tinaja!

QUINTÍN.—Que me se la introduzca en una mazmorra y que se la tenga quince días a pan y agua, por atentao.

ALÍ-FHAFE.—¡Llevadla!

PETRA.—¡Por Dios, que es mi madre! Levántala el castigo.

QUINTÍN.—Por ahora no me es posible. Si quieres, además del pan la mandas una lata de sardinas, para que veas que no soy tirano.

SEÑORA HILARIA.—En cuanto me suelten ya te lo diré, so ladrón.

QUINTÍN.—Si me sigue injuriando, que la pelen con el cero.

ABUL-CHAFLÁN.—Se la pelará.

ALÍ-FHAFE.—Bien hecho. Siga la comitiva.

AMET-YUSUF.—¡Viva el poderoso Alí-Quintín!

TODOS.—¡Viva! ¡Viva! *(Con gran animación sigue desfilando la comitiva. Telón.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Terraza del palacio del Pachá. Al fondo, balaustrada. Se ve una ciudad oriental a lo lejos. A ambos lados, puertas cubiertas con tapices. Por la terraza, palmeras y arbustos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

QUINTÍN, SEÑOR CAYETANO, BEN-AQUIL, AMET-YUSUF. Cuatro soldados con alabardas, un HERALDO que le precede. Dos PAJES y dos ESCLAVOS, que conducen una silla de manos. Salen por la derecha. Los pajes llevan una pipa oriental enorme. QUINTÍN viene vestido a la usanza musulmana, rica y elegantemente. Va muy abrigado. Lleva bufanda blan-

ca. El brazo en cabestrillo. Está pálido, ojeroso y triste. Al salir los que le preceden se forman en calle y le hacen reverencias muy ceremoniosas y repetidas.

BEN-AQUIL.—¡Poderoso príncipe!

AMET-YUSUF.—¡Gran visir!

BEN-AQUIL.—¡Dios te glorifique!

AMET-YUSUF.—¡Dios te ensalce!

SEÑOR CAYETANO.—*(Le hace otra reverencia.)* ¡Dios te ampare! *(Le ponen el sillón, un cojín a los pies, una manta por las piernas y la pipa para que fume.)*

QUINTÍN.—Bueno; retirarse una meaja, y os ruego, distinguida servidumbre, que no abuséis de los saludos. Conque me hagáis así... *(Un saludo con la mano.)* cuando yo pase, tan conformes.

AMET-YUSUF.—Señor, eso es poco para una persona real.

QUINTÍN.—Pero si yo no quiero que me se trate como real, lo he dicho cincuenta veces.

BEN-AQUIL.—¿No pretenderás que te perdamos el respeto?

QUINTÍN.—Hombre, claro, eso tampoco; un término medio. Conque me se dé la importancia así como de medio real, me basta.

AMET-YUSUT.—Lo que ordenes, alteza. *(Se separan un poco.)*

QUINTÍN.—¿Pero está usté viendo lo que me pasa, señor Cayetano? ¿Está usté viendo qué desgracia?

SEÑOR CAYETANO.—¡Por Dios, Quintín, no te quejes!

QUINTÍN.—¿Que no me queje?

SEÑOR CAYETANO.—Hombre, de verte por la Puerta del Sol vendiendo anillos de goma pa los paraguas a verte como te ves, con heraldo que te anuncie, pajes que te sirvan, soldaos que te guarden, creo que haiga alguna diferiencia.

QUINTÍN.—¡Ya lo creo que la hay, peor en peor!

SEÑOR CAYETANO.—¡Pero, Quintín!...

QUINTÍN.—¿Usté se figura que yo puedo aguantar esta vida?... ¿Usté sabe las píldoras que yo me

trago diariamente? ¡De jarabes, no digamos! ¡Pues ¿y sellos?... ¡Como que me ponen de sellos que paece que me van a certificar!... Por el día lleno de franelas; por la noche deciocho mantas, que sudo que me derrito; y vengan friciones, y vengan baños de pies y vengan unturas... ¡Amos, hombre, si esto es pa morirse!

SEÑOR CAYETANO.—¿Y qué tienes en la muñeca?

QUINTÍN.—¡Nada, hombre; al tío ese que le ha salido un divieso y me han puesto a mí un parche!... Y las pantorrillas las tengo en carne viva, no vaya usté a creerse.

SEÑOR CAYETANO.—¿Por qué?

QUINTÍN.—Porque anoche se congestionó el Pachá y me arrearon a mí dos sinapismos... ¡Me la ha buscao usté con decir que soy la metá del Alí-Fhafe ese!

SEÑOR CAYETANO.—Hombre, yo lo hice pa salvarte la vida.

QUINTÍN.—¡Sí, ya lo comprendo; pero hay que ver mi martirio!... Le sienta mal la comida y tengo yo que tomar bicarbonato; se acatarra él y me hacen sudar a mí; pero me pongo yo triste y se bebe él dos botellas de champaña a ver si me alegro. Es decir, too lo bueno pa su metá y too lo malo pa la mía, y aquí las cosas buenas o malas hay que pasarlas metá y metá; si no, no me conformo. ¡Eso es!

SEÑOR CAYETANO.—¡Ten una meaja de paciencia!

QUINTÍN.—¡Pues y el hambre que paso!

SEÑOR CAYETANO.—¿Y por qué no pides el desayuno?

QUINTÍN.—No, si pedirlo lo voy a pedir; pero ahora verá usté. *(Llamando a Ben-Aquil.)* Chis..., eminente galeno.

BEN-AQUIL.—¿Qué deseas, alteza?

QUINTÍN.—Que quiero desayunarme; conque haga el obsequio de reconocerme a ver si tengo el pulso pa chocolate u pa café con leche. *(Le ofrece la muñeca.)*

BEN-AQUIL.—No puedes desayunar, alteza.

QUINTÍN.—¿Por qué?

BEN-AQUIL.—No olvides que al Pachá le sentó mal la cena anoche y estáis a dieta láctea.

QUINTÍN.—*(Al Señor Cayetano.)* ¿Lo está usté viendo?

BEN-AQUIL.—Lo que debes hacer es taparte un poco más, que luego os enfriáis, y el Pachá se pasa la noche tosiendo.

QUINTÍN.—¡Pues que le den tolú!

AMET-YUSUF.—¡Gran visir! *(Abre los brazos al saludar.)*

QUINTÍN.—¿Qué quieres, chambelán?

AMET-YUSUF.—¿Puede retirarse la servidumbre?

QUINTÍN.—Que se retire.

AMET-YUSUF.—¿Y el heraldo?

QUINTÍN.—Según... ¿Es el heraldo de anoche?

AMET-YUSUF.—El mismo.

QUINTÍN.—Pues que no se aleje mucho, que me quiero enterar de algunas cosas.

AMET-YUSUF.—Está bien, señor. *(Saluda.)* Retirémonos. *(Se van.)*

SEÑOR CAYETANO.—Lo que es por falta de saludos no te quejarás.

QUINTÍN.—Menos etiqueta y más nutrición es lo que me hace falta.

SEÑOR CAYETANO.—¡Chis!... ¡Cálmate, Quintín, cálmate; que lo que te pasa no es nada!

QUINTÍN.—¿Y el tormento de llevar aquí quince días y no haber vuelto a ver ni por casualidad a la Petra, tampoco es nada?

SEÑOR CAYETANO.—Tampoco. Todo eso son bicocas comparás con lo que nos va a suceder esta tarde.

QUINTÍN.—*(Asustado.)* ¿Esta tarde?

SEÑOR CAYETANO.—Con una palabra que te diga lo comprenderás todo. ¡Hoy sale, hoy!

QUINTÍN.—¿Qué?

SEÑOR CAYETANO.—¡Que hoy sale, hoy! ¿Me comprendes?

QUINTÍN.—Hombre, si fuera en España y día de sorteo, lo comprendería; pero aquí, no caigo.

SEÑOR CAYETANO.—¡Pues que hoy se cumplen los quince días del arresto que le impusiste a la Hilaria y la van a soltar esta tarde!

QUINTÍN.—¡Recontra!... ¡Es verdad, que no me acordaba!

SEÑOR CAYETANO.—Y me he enterao por conduzto fidedizno, que como ha sabido que durante su prisión yo le he estao gastando chirigotas a una odalisca de Armenia, ¿sabes?..., pues en venganza ella se ha puesto en relaciones amorosas con Abul-Chaflán y piensa irse a su harén de favorita...

QUINTÍN.—¡Arrea!

SEÑOR CAYETANO.—¡Pero antes ha jurao delatarnos a ti y a mí al Pachá; decirle que somos dos embusteros que le estamos tomando el pelo y que se case con la Petra sin más ceremonias después de hacerse dos pisapapeles con nuestros respectivos cráneos!

QUINTÍN.—¡Repeine!... ¡De modo que en cuanto salga la madre!

SEÑOR CAYETANO.—En cuanto salga la madre nos da el disgusto padre.

QUINTÍN.—¿Y qué hacemos?

SEÑOR CAYETANO.—Huir de quí, aunque sea a nado, antes que salga esa mujer; porque si la damos tiempo a que hable, nos decapitan, créemelo.

QUINTÍN.—Bueno; pero yo no me voy sin la Petra.

SEÑOR CAYETANO.—El Pachá viene. Adiós. Yo me largo.

QUINTÍN.—Si pudiera discurrir algo... *(Vase Cayetano por la derecha.)*

ESCENA II

QUINTÍN, ALÍ-FHAFE y dos ESCLAVOS, por el foro.

ALÍ-FHAFE.—*(Muy triste, apoyándose en la muletilla.)* ¿Estás aquí?

QUINTÍN.—Aquí estoy, Pachá.

ALÍ-FHAFE.—No vayas tan desabrigado, que vamos a coger una pulmonía y te van a tener que sangrar para que yo mejore.

QUINTÍN.—Me es igual. ¡Estoy desesperao! ¡Ojalá reventase usté... a medias!

ALÍ-FAFHE.—¿Estás triste?

QUINTÍN.—¡Estoy que hecho humo!

ALÍ-FHAFE.—¡Como yo! Tú estás triste porque yo estoy triste.

QUINTÍN.—¡Puede que sea eso! *(Aparte.)* ¡Este tío se lo arregla todo a escape!

ALÍ-FHAFE.—¡Pero tú no sabrás por qué estamos tristes!, ¿verdad?

QUINTÍN.—Yo, no, señor.

ALÍ-FAFHE.—Pues yo te lo diré. Estamos tristes por Petrita.

QUINTÍN.—*(Levantándose.)* ¡Hombre!...

ALÍ-FHAFE.—¡Sí, por Petrita, por Petrita, Quintín; por esa bella española, que estoy firmemente seguro que no me quiere!

QUINTÍN.—*(Con cara alegre.)* ¿No?... *(Con cara triste.)* Digo... ¿no?

ALÍ-FHAFE.—¡No, no me quiere!

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡Caray!..., respiro. *(Alto.)* ¡Hombre, pues sí que me choca, porque usté como figura no digo; pero como cara, en Madrid, por Carnaval, le darían a usté lo menos seis reales por ella!

ALÍ-FHAFE.—Sin embargo, Petrita dice que me encuentra viejo, muy viejo.

QUINTÍN.—¡Hombre, qué exagerada!...

ALÍ-FHAFE.—Y yo, Quintín, yo quiero confesártelo todo. Yo la amo, la amo con locura... ¡Me muero por ella!... ¡No puedo vivir sin ella!... *(Llora.)*

QUINTÍN.—¡Hombre, por Dios, Pachá, no se aflija usté, que vamos a llorar y me coge sin pañuelo!

ALÍ-FHAFE.—¡Por eso, Quintín, yo quisiera de ti una cosa!...

QUINTÍN.—¿De mí?

ALÍ-FHARE.—Sí; tú que eres joven, tú que eres listo, tú que eres yo, sin ser yo, y dejando de ser tú..., dame un consejo... ¿Qué haría, qué haría yo para que Petrita me quisiese?

QUINTÍN.—¿Que qué haría usté?... *(Medita. Pausa. Luego, en voz muy baja.)* ¡Dios mío, qué idea!... Sí; yo la pongo en práctica. ¡Es la manera de verla! *(Alto.)* Pues se me ha ocurrido una cosa para que esa joven se vuelva loca por usté.

ALÍ-FHAFE.—¡Loca por mí!... ¿Y cómo lograrás eso?

QUINTÍN.—Verá usté mi plan.

ALÍ-FHAFE.—Dime, dime.

QUINTÍN.—¿Usté y yo no somos la misma persona en distinto ser?

ALÍ-FHAFE.—Claro que sí.

QUINTÍN.—¿Lo que yo siento no lo siente usté?

ALÍ-FHAFE.—Sí.

QUINTÍN.—Pues en ese caso, si lo que esa joven quiere es juventud, la llama usté ahora mismo, viene, la hago yo el amor, la digo cuatro frases de esas que acaramelan, y a los tres minutos se vuelve loca por mí y empieza usté a disfrutar. ¿Qué tal?

ALÍ-FHAFE.—*(Pensativo.)* ¿Se vuelve loca por ti y empiezo yo?... Oye, que no acabo de entender eso.

QUINTÍN.—Pues está más claro que la luz: verá usté. Yo la ofrezco mi amor aquí, delante de usté, y como no podrá resistir mis encantos, porque no me falla una, se enamorará de mí, y como usté y yo sentimos las cosas por igual, pues dicho se está que al quererme a mí se sentirá loca por usté.

ALÍ-FHAFE.—¡Oye, pues es verdad! ¡Qué idea tan feliz!

QUINTÍN.—¿Lo ha entendido usté bien?

ALÍ-FHAFE.—Claro...; tú la enloqueces y yo me aprovecho.

QUINTÍN.—Oiga...; aguarde, aguarde, que veo que usté se confunde.

ALÍ-FHAFE.—¡Quia, hombre, qué me he de confundir! ¡Qué ingenio tienes!... Voy a mandar que la llamen en seguida... ¡Amet-Yusuf!... *(Llamando.)*

AMET-YUSUF.—*(Saliendo.)* ¡Señor!

ALÍ-FHAFE.—Trae aquí inmediatamente a la joven Petra; pero a ella sola, ¿entiendes?

AMET-YUSUF.—Está bien, señor. *(Vase.)*

ALÍ-FHAFE.—Tú la conquistas, y yo..., ¡qué idea! ¡Ha sido un hallazgo!... *(Se frota las manos de alegría.)* Tú, con libertad..., con libertad... La abrazas, la besas..., lo que quieras.

QUINTÍN.—*(Aparte.)* ¡Me voy a poner como el chico del esquilador!

ALÍ-FHAFE.—Calla. Ya la traen. A ver cómo te portas.

QUINTÍN.—Lo va usté a ver.

ESCENA III

DICHOS. PETRA con AMET-YUSUF. Este hace mutis al dejarla frente al Pachá.

PETRA.—¿Me llamabas, gran Alí-Fhafe?

ALÍ-FHAFE.—Sí. Adelanta, dulce Petrita.

PETRA.—*(Aparte.)* ¡Quintín con él! ¿Qué será esto?

ALÍ-FHAFE.—¿Conoces a este joven?

PETRA.—A ver... *(Le mira.)* Sí..., me parece recordarle. Esa cara la he visto yo en otro lao.

QUINTÍN.—Pues siempre la he tenido aquí.

PETRA.—¿No es este joven la cuarta parte de usté?

QUINTÍN.—La metá, pa servir a usté.

PETRA.—Que Dios conserve muchos años metá y metá.

QUINTÍN.—Y usté que lo vea.

ALÍ-FHAFE.—Pues te he llamado, amor mío, para que departas un ratito con él...

PETRA.—¿Que yo departa?...

ALÍ-FHAFE.—Pues desea decirle algunas cosas. Le fuiste muy simpática el día que te conoció.

PETRA.—Tantas gracias. *(Aparte.)* ¿Qué será esto?

QUINTÍN.—Siéntese usté aquí, haga el obsequio.

PETRA.—*(Sentándose.)* Con mucho gusto.
QUINTÍN.—¿Usté fuma? *(Le da un cigarro.)*
PETRA.—¿Es turco?
QUINTÍN.—Indostánico.
PETRA.—Entonces, fumaré.
QUINTÍN.—Encienda. *(Le ofrece el encendedor. Fuman.)*
PETRA.—Gracias.
QUINTÍN.—¿Me permite encender en su lumbre?
PETRA.—Prenda.
QUINTÍN.—*(Se vuelve al Pachá.)* ¿Ha oído usté?... Ya me ha llamao prenda, y acabamos de encender.
ALÍ-FHAFE.—Sigue..., sigue...

Música.

QUINTÍN.
Tú ya sabes, remonona,
que yo soy la otra mitad de Pachá,
y que todo lo que siento
él lo siente en el momento.

PETRA.
¡Mira qué casualidad!

QUINTÍN.
Y ahora loco, enamorao,
me ha traído aquí a su lao,
porque tié mucha ilusión
de que te hable yo de amores
y te diga cuatro flores
en su representación.

ALÍ-FHAFE.
Y estoy impaciente,
no pierdas momento.

QUINTÍN.
Voy directamente
al experimento.

PETRA.

Es un caña,
no me extraña
que me tenga
tan chalá.
¡Ay Pachá!
¡Ay Pachá!
Ya siento un cosquilleo...
¡Ay, ay, ay, ay!
Y con tu amor me mareo
si me mira su mitá.

ALÍ-FHAFE.

¡Mírala! ¡Mírala!

QUINTÍN.

Mírame.

ALÍ-FHAFE.

Mírale,
y prosigue la experiencia.

PETRA.

¡Ten prudencia!

QUINTÍN.

Es un pagüé.

ALÍ-FHAFE.

Cógela una mano.

QUINTÍN.

Ya se la he cogido.

PETRA.

¡Ay, por Dios, anciano!
¡Ay, lo que he sentido!

ALÍ-FHAFE.

¿Qué sientes?

PETRA.

Lo mismo
que si fua el señor.

QUINTÍN.

¿La hablo de la boda?

ALÍ-FHAFE.

Háblala de amor.

PETRA.

¡Antigualla mía
de mi corazón,
es usté una alhaja
pa esta diversión!
Es usté un anciano
que no tiene fin.

QUINTÍN.

¿Quié usté que la bese?

ALÍ-FHAFE.

Bésala, Quintín.
Bésala.

PETRA.

¡Ay Pachá!

ALÍ-FHAFE.

Bésala.

PETRA.

¡Este Quintín es un fresco
que se quiere aprovechar!

ALÍ-FHAFE.

Qué bien va.

PETRA.

¡Ay Pachá!

ALÍ-FHAFE.

Qué bien va.
La volví loca de amores.

PETRA.

¡Que no abuses,
so morral!...

Hablado dentro de la música.

SEÑORA HILARIA.—*(Saliendo.)* ¿Pero qué golfería es ésta? ¿Besar a mi hija! ¡Pillo! ¡Ladrón! ¡Granuja!

QUINTÍN.—Adjetive, pero no lisie, que pué dolerle al Pachá.

SEÑORA HILARIA.—*(Al Pachá.)* ¿Y usté lo consiente?

ALÍ-FHAFE.—Es que la está abrazando él para que se vuelva loca por mí.

SEÑORA HILARIA.—¿Que él la abraza y usté...? He visto tíos crédulos; pero como éste, ninguno.

PETRA.—Madre, que es verdá.

QUINTÍN.—Que yo era mandao.

SEÑORA HILARIA.—¡Fuera! ¡Granuja! ¡Golfo! ¡Bribón! *(Empieza a golpes con Quintín y Petra, obligándolos a huir. El Pachá queda sujetándola.)*

ESCENA IV

ALÍ-FHAFE y SEÑORA HILARIA.

Hablado.

ALÍ-FHAFE.—*(Indignado.)* ¿Y tú para qué los interrumpes, miserable?

SEÑORA HILARIA.—¿No veía usté que la estaba abrazando?

ALÍ-FHAFE.—¡Pero era para que yo disfrutase!

SEÑORA HILARIA.—¿Pero usté disfruta con que le abracen a la novia?

ALÍ-FHAFE.—Es que la abrazaba Quintín, que es la mitad de mi persona.

SEÑORA HILARIA.—Mentira.

ALÍ-FHAFE.—¿Cómo mentira?

SEÑORA HILARIA.—Sí, señor, vaya; quiero que sepa usté toda la verdad. Quintín tiene relaciones con mi hija hace cinco años.

ALÍ-FHAFE.—¡Cielos!

SEÑORA HILARIA.—Y nos venía persiguiendo desde que salimos de Madrid.

ALÍ-FHAFE.—¿Pero es posible?

SEÑORA HILARIA.—Y para que usté no lo matase el día que lo pescaron en el harén, Cayetano inventó la patraña de que era usté la metá de ese animal.

ALÍ-FHAFE.—¡Dioses clementes!

SEÑORA HILARIA.—Sí, señor; y a una servidora me encerraron pa que no los descubriese, y ahora traen entre manos el llevarse a mi hija y a una odalisca de Armenia que se ha liao con el ladrón ese de Cayetano.

ALÍ-FHAFE.—¿De Armenia?

SEÑORA HILARIA.—Sí, señor; paisana del papel, pero deje usté, que ya le daré yo un sahumerio.

ALÍ-FHAFE.—¿De manera que Quintín no es mi otro yo?

SEÑORA HILARIA.—Ni la centésima parte.

ALÍ-FHAFE.—Basta. ¡He sido víctima de una burla cruel!

SEÑORA HILARIA.—Y yo lo que deseo es que usté los castigue y los...

ALÍ-FHAFE.—Quítate de mi presencia, o te mando cortar el pescuezo a ti también...

SEÑORA HILARIA.—¡No, ya me voy, ya me voy! ¡Señor, qué genios! ¡Después que le aviso!... *(Vase.)*

ESCENA V

ALÍ-FHAFE; luego, AMET-YUSUF; después, QUINTÍN.

ALÍ-FHAFE.—¡Qué infamia! ¡Qué engaño!... ¡Oh, pagarán con la vida su impostura! Al astrólogo le mando decapitar. A Quintín le degüello y luego le... Es decir... ¡Dios mío!... ¡A Quintín!... ¡A Quintín no sé qué hacer!... ¿Habrá mentido esa Hilaria?... ¡Será o no será ese hombre mi otra mitad!... ¡No vaya yo a matarle hoy y me muera mañana!... ¡Qué horrible duda!... ¿Qué haría yo para convencerme? *(Piensa.)* ¡Ah, sí..., eso es!... Me cercioraré primero. Luego le pondré en trance de que me lo confiese todo; y después, me vengaré cumplidamente. *(Llamando.)* ¡Yusuf!

AMET-YUSUF.—*(Saliendo.)* Señor...

ALÍ-FHAFE.—Tráete una estaca bastante fuerte, que quiero hacer una experiencia.

AMET-YUSUF.—Está bien, señor.

ALÍ-FHAFE.—Al mismo tiempo dile a Alí-Quintín que venga contigo.

AMET-YUSUF.—En seguida.

ALÍ-FHAFE.—Y escucha: cuando esté Alí-Quintín en mi presencia, cada vez que yo levante la mano le das un estacazo en las costillas. El primero suave, que es de prueba; el segundo, más fuerte, y vas creciendo de un modo paulatino hasta que yo te avise. ¿Has comprendido?

AMET-YUSUF.—Admirablemente, señor. *(Vase.)*

ALÍ-FHAFEN.—Esto de los estacazos es para cerciorarme si me duele a mí o no me duele lo que a él haga daño. ¡Y como no me duela, con sangre pagarán la burla! El se acerca con Yusuf. Disimulemos.

QUINTÍN.—*(Asomándose con temor.)* Qué..., ¿se ha ido ya esa tía cotilla? *(Yusuf entra tras él con la estaca.)*

ALÍ-FHAFE.—Sí, pasa, pasa, sin temor, Quintinito.

QUINTÍN.—¡Ha visto usté, Pachá! Pega que ni el sindeticón.

ALÍ-FHAFE.—¡Pobre Quintín! *(Levanta la mano. Yusuf le da un palo en las espaldas a Quintín y queda muy serio.)*

QUINTÍN.—*(Dando un salto.)* ¡Mi madre!... ¿Pero qué hace este hombre?

ALÍ-FHAFE.—Que también pega. *(Aparte.)* No he sentido nada. *(Alto.)* Pero no hagas caso... *(Vuelve a levantar la mano. Yusuf pega más fuerte.)*

QUINTÍN.—¡Recontra, que ahora ha dao más fuerte, Pachá!

ALÍ-FHAFE.—¿Y te ha dolido?

QUINTÍN.—¿Que si me ha dolido? Como que debe usté tener un verdugón. Pero ¿a qué viene esto?

ALÍ-FHAFE.—Es una práctica religiosa. *(Levanta la mano. Otro palo.)*

QUINTÍN.—¡Rediez!...¿Y dice usté que esto es religioso?

ALÍ-FHAFE.—Religioso.

QUINTÍN.—¡Será por los cardenales!

ALÍ-FHAFE.—Retírate, Yusuf. *(Yusuf saluda y vase. Aparte.)* No he sentido lo más mínimo. Es una impostura. Voy a procurar que lo confiese. *(Alto.)* Ahora que ya estamos solos, acércate, Quintín.

QUINTÍN.—¿Qué desea usté, Pachá?

ALÍ-FHAFE.—Acércate más, que no nos oiga nadie.

QUINTÍN.—¿Qué pasa?

ALÍ-FHAFE.—Pues pasa que te he mandado llamar para decirte que hagas tu testamento y arregles todas tus cosas...

QUINTÍN—*(Aterrado.)* ¡Repeine!... ¿Testamento yo?... ¿Pero por qué?

ALÍ-FHAFE.—Porque yo, sin el amor de Petra, de esa mujer que era mi única esperanza, no quiero vivir, y he resuelto suicidarme.

QUINTÍN.—¡Caray!... ¡Pachá, por Dios, no lo tome usté así!

ALÍ-FHAFE.—Siento el disgusto que voy a darte; pero es inútil que me disuadas. Vamos a morir.

QUINTÍN.—*(Cada vez con más miedo.)* ¡Cómo que vamos a morir! No pluralice usté, que me sobrecojo, Pachá.

ALÍ-FHAFE.—Pluralizo porque, según el horóscopo, hemos de morir al mismo tiempo, ¿no es eso?

QUINTÍN.—Sí, eso será; pero, en fin, yo...

ALÍ-FHAFE.—¿Y sabes cómo he pensado suicidarme?

QUINTÍN.—¿Cómo?

ALÍ-FHAFE.—Pues... *(Desenvaina la gumía.)* ¡Cortándote a ti el pescuezo de un tajo!

QUINTÍN.—*(Dando un salto.)* ¡Recontra!

ALÍ-FHAFE.—Porque así me iré yo muriendo sin dolor, poquito a poco.

QUINTÍN.—No, por Dios, Pachá; de quererse matar, yo le ruego a usté que se mate directamente.

ALÍ-FHAFE.—¿Tú no eres mi otra mitad?

QUINTÍN.—Pues por eso. La metá de usté, hágala usté cachos si quiere; pero con la mía, poquitas bromas.

ALÍ-FHAFE.—¡Ven, ven que te degüelle, que quiero morir!

QUINTÍN.—¡Pachá, que está usté equivocao!... ¡Que me va usté a matar, y se va usté a poner más gordo!

ALÍ-FHAFE.—Pero ¿y el horóscopo?

QUINTÍN.—No haga usté caso, que lo del horóscopo es mentira.

ALÍ-FHAFE.—¿Mentira?

QUINTÍN.—Lo inventamos pa salvarme.

ALÍ-FHAFE.—¡Ah granuja!... ¿Conque mentira?... ¡Pues ahora es cuando vas a morir de verdad! *(Le persigue tirándole tajos con la gumía.)*

QUINTÍN.—*(Huyendo despavorido.)* ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Que me mata!

ESCENA VI

TODOS.

PETRA.—*(Saliendo.)* ¡Por Dios, Pachá, perdónelo usté que es inocente!

ALÍ-FHAFE.—¡Es un impostor!

PETRA.—Pero por culpa mía.

ALÍ-FHAFE.—¡Y tú, ven acá!... ¿Por qué me has engañado tú también?

PETRA.—¿Que yo le he engañao?... ¡Pero si le estoy a usté diciendo que no le quiero desde antes de conocerle!

QUINTÍN.—La que le ha engañao a usté ha sido su madre. Su madre, que quiere venderla por el dinero.

PETRA.—Y a mí no me ha dao la gana. ¡Porque pa mí toa la fortuna está en este talego, sépalo usté de una vez!

QUINTÍN.—¡Y ahora si nos quiere usté matar, nos mata!

PETRA.—¡Que nos entierren juntos, que ya nos las apañaremos en ultratumba! ¿No te parece?

QUINTÍN.—¡Sí, señor, porque el amor sobrenada por todo!

SEÑOR CAYETANO.—¡Pachá! ¡Pachá!

ALÍ-FHAFE.—¿Qué pasa?

SEÑOR CAYETANO.—La Hilaria, que se ha escapao con Abul-Chaflán, y se han llevao la arqueta de las joyas. ¡Dejarme por puertas!

PETRA.—¡Mi madre!

GRAN SACERDOTE.—Es cierto, señor.

ALÍ-FHAFE.—¡Miserables!... ¡Que los persigan!...

QUINTÍN.—¡Lo está usté viendo!...

ALÍ-FHAFE.—¡Y vosotros..., aprovechad un minuto que tengo de misericordia, y a la calle en seguida! Fuera de aquí.

PETRA.—¡Sí, señor, a escape!

ALÍ-FHAFE.—Tú, despójate de las alhajas; y además te quedas sin la dignidad real.

QUINTÍN.—Sí, señor..., con mucho gusto.

PETRA.—Y tan agradecidos..., tenemos juventud y alegría, ¿qué más alhajas?

QUINTÍN.—Y por lo que toca a lo real... el poderío que dejo aquí no es más que real; pero el cariño que nos llevamos es real y efectivo.

SEÑOR CAYETANO.—¿Te parece que le devuelva mi túnica?

QUINTÍN.—No se lo pregunte usté, no sea que le dé una patá y le estropee una constelación.

PETRA.

¡Y de tan sencillo modo
termina aquí la humorada!
Os suplico una palmada
si no os disgustó del todo.

(Telón.)

FIN DE
«LA PIEDRA AZUL»